
Cinco retos futuros a la soberanía y la seguridad de México

Joseph Hodara

Para C. (amar es agradecer)

Este ensayo se apega a trabajos anteriores del autor que pretendieron explorar tendencias y escenarios futuros de diversas configuraciones nacionales y regionales.¹ Aquí se abordarán cinco retos que, por sus repercusiones eslabonadas, afectarán dos propiedades fundamentales de México como Estado-nación: la soberanía y la seguridad.

No se pretende un análisis exhaustivo de estos temas que han merecido la atención de múltiples estudiosos, aunque con una desigual perspectiva a la que en este texto se esboza. Mi propósito es apuntar apenas problemas cardinales del país que, si no son atendidos y entendidos con razonable profundidad, pondrán en grave peligro su viabilidad. Con este espíritu se hará referencia a la globalización, al narcotráfico, a las migraciones a Estados Unidos, a las remesas y a las rentas petroleras.

Sostendré que el conjunto sistémico y enlazado de estas cuestiones a prueba la viabilidad de México en el marco de las mudanzas que ya se verifican en el concepto y en el desenvolvimiento del Estado-nación.

¹ Por ejemplo, *Los estudios del futuro; problemas y métodos*. México: IBAFIN, 1984; *Los futuros de México*. México: Fomento Cultural Banamex, 1978; “¿Hacia la finlandización de México?”, *Vuelta*, febrero de 1981; “El orden internacional: cuatro escenarios”, *Estudios Internacionales*, 31, julio-septiembre 1975; “América Latina: cinco escenarios”, *Latin American Research Review*, 14, 2, 1979.

LOS EFECTOS AMBIVALENTES DE LA GLOBALIZACIÓN

La literatura sobre este asunto es abundante.² La formación contemporánea de la “aldea global” presenta fragmentarios antecedentes en el Imperio Romano, en la Época de Oro del Islam, y en los ensambles imperialistas, en tiempos más cercanos, de Portugal, Holanda e Inglaterra, entre otros países. El surgimiento de los sistemas capitalistas y del Estado-nación alrededor del siglo XVII en el Occidente europeo alentó los vínculos transnacionales, especialmente por el canal del comercio y de la tecnología.³ Pero la efervescente combinación de fuerzas económicas, culturales y políticas toma vigoroso impulso en la segunda mitad del siglo XX, y, en particular, a partir de 1991 que, según el consenso de los historiadores, concluye este lapso.⁴ El liberalismo económico y, en algunos casos, el político, regula este amplio proceso de convergencia de las economías nacionales que suele acompañarse de una convenida movilidad de la fuerza laboral. Después de la crisis mundial de los años veinte y de la Segunda Guerra Mundial, se gestaron instituciones como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y, en tiempos más recientes, la Organización Mundial del Comercio, que norman y promueven reglas y procesos de la globalización. Liberalizar el comercio a través de la concertada reducción de tarifas, de los costos de transporte y de los controles de capital es una de las tareas que les concierne. En paralelo, los medios de comunicación se tornan rápidos e incluso instantáneos, alterando modalidades y costos con inusitada rapidez. Transacciones financieras, intercambio de productos, sistemas de control y espionaje, pautas de consumo, usos y giros del lenguaje: éstos y otros procesos mudan fisonomía radicalmente como resultado de apretadas y dinámicas interdependencias. Las repercusiones eslabonadas de la crisis que se gestó en 2008 podrían trastocar algunas de estas configuraciones, sin virajes significativos.

² Por ejemplo, Sheila L. Croucher, *Globalization and Belonging: The Politics of Identity in a Changing World*. Nueva York: Rowman and Little Field, 2004; J. Bhagwati, *In Defense of Globalization*. Nueva York: Oxford, 2004; B. Axford, *The Global System*. Nueva York: St. Martins Press, 1995; Th. Fridman, *The World is Flat*. Nueva York: Farrer, Strauss and Giroux, 2005; J. Stiglitz, *Making Globalization Work*. Nueva York: Norton, 2006.

³ Según D. Held, *Modernity: An Introduction to Modern Societies*. Londres: Blackwell, 1998.

⁴ Véase; P. Kennedy, *Preparing for the Twenty-First Century*. Nueva York: Random House, 1973; y en particular, E. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*. Barcelona: Grijalbo, 1996.

Algunas distorsiones de estos procesos han encendido tanto masivas protestas como lúcidas investigaciones.⁵ Entre otros se subrayan el reparto crecientemente desigual de los ingresos dentro y entre países a pesar del extraordinario crecimiento del producto mundial, la importación de desechos ecológicos a regiones de menor desarrollo, una cultura consumista, y la erosión de las clases medias que tradicionalmente han sostenido los sistemas democráticos. Sin disputa, rápidos e imprevisibles movimientos de capital amenazan la estabilidad de no pocos países sensibles a las inversiones extranjeras y gestan nuevas modalidades de influencia cuasi-imperial, que no tiene menester de despliegues militares o de conquistas de territorios para estrechar e incluso lesionar la capacidad de maniobra de gobiernos nacionales.

En estas inéditas circunstancias, el concepto Estado-nación empieza a perder validez. Las fronteras formalmente reconocidas se convierten en límites geográficos que fácilmente son violados por rápidos y a menudo subrepticios movimientos de capitales y de información, sin excluir flujos migratorios (a menudo ilegales) y fuerzas laborales que vislumbran oportunidades en la nueva coyuntura. La convergencia implica que crisis estructurales de envergadura que se verifican en países de poder superior, se transmiten profundamente y sin advertencias a los de menor desarrollo. Estos trastornos conducen a especular que las prácticas capitalistas en boga podrían adoptar otras directrices en los tiempos que vendrán.⁶ En todo caso, los efectos de la globalización se harán sentir en el Estado-nación tal como originalmente fue concebido y practicado.

Es menester puntualizar esto: el ejercicio real de las capacidades del Estado-nación implicaba, entre otras cosas, una amplia autonomía para legislar y aplicar leyes propias, escoger el régimen político, convenir y salvaguardar límites territoriales reconocidos internacionalmente, contar con fuerzas armadas absolutamente leales al Estado, y la institucionalización y

⁵ Véase por ejemplo S. Amin, *Capitalism in the Age of Globalization*. Nueva York: Zed Books, 1998; D Held (ed), *Democracy and the Global Order*. Cambridge: 1995; L. Sklair, *The Transnational Capital Class*. Oxford: 2001.

⁶ Véase por ejemplo A. Sen, "Capitalism Beyond The Crisis", *The New York Review of Books*, marzo 26- abril 8 de 2009.

difusión de una simbología (bandera, moneda, himno, narraciones y mitos) que la separa y distingue de otros conglomerados nacionales. En las presentes circunstancias, los procesos de globalización oponen severos límites a estas prerrogativas tradicionales del Estado-nación, adelgazando con desigual intensidad el ejercicio de la *soberanía* nacional.

También la *seguridad* nacional es replanteada. Ésta involucraba el monopolio legítimo de la violencia, ejercido a través de instituciones militares y policiales que guardaban excluyente lealtad a las instancias políticas. La función cardinal de estas instituciones era salvaguardar la existencia del Estado, defender su delimitación territorial, y garantizar la seguridad cotidiana de los ciudadanos. Pero la incontenible globalización desbarata monopolios y lealtades excluyentes a través de iniciativas e impactos que debilitan o tornan imaginaria la seguridad colectiva.

Ciertamente, no debe sorprender que ensayos de convergencia regional e internacional sean resistidos con frecuencia por algunos gobiernos, ya que alteran las facultades tradicionales del Estado-nación. Resistencias y restricciones que acaso explican algunas iniciativas fallidas, particularmente en América Latina,⁷ porque arrastran la pérdida relativa de autonomía, particularmente en las esferas del comercio y de los mercados laborales.⁸

En las circunstancias referidas, las latitudes de la gobernabilidad en México deben cambiar carácter, amplitud y fisonomía. Sugiero que si este Estado-nación, tal como históricamente se ha configurado, no atina a equilibrar los estímulos con las desventajas de la globalización, su debilitamiento es inevitable. Por añadidura, si el desempeño político y económico *interno* cuestiona su legitimidad debido a déficit y desatenciones estructurales a la ciudadanía, la gobernabilidad y la viabilidad del Estado se verán opacadas. Dilema nacional de México que se agrava a la luz (o a la sombra) de los retos que se esbozarán.

⁷ Véase por ejemplo el análisis L. Maira, “¿Qué es hoy América Latina?”, *Apuntes de Política Exterior*, Instituto Matías Romero, 7 de octubre de 2007.

⁸ “En el caso de México, la prioridad otorgada al TLC disminuyó la atención sobre los problemas relativos a la democratización y a la distribución de la riqueza... Hoy México tiene mayor peso económico y menor autonomía política”... En G. Sánchez López, “Perspectivas de la política exterior de México, 1989-2010”, en R. Lajous Vargas (ed), *Los retos de la política exterior mexicana en el siglo XXI*. México: Instituto Matías Romero. 2000, p. 216

EL NARCOTRÁFICO: CRIMEN ORGANIZADO Y TRANSNACIONAL

“El rostro más visible del narcotráfico es la violencia... el narco es dinero y es un factor de *estabilidad* a nivel país y de corrupción en todos los niveles... ha permeado en la psique del mexicano, y es y será un flagelo invencible mientras no se legalicen algunas de las drogas que lo hacen posible”.⁹ Uno de los mejores estudiosos del tema apunta sin remilgos a la alianza “Narco-Estado”, como factor que desvirtúa la gobernabilidad del país.¹⁰ Entraña un “matrimonio de conveniencia” entre ambos actores. Los narcotraficantes benefician al país a través de las divisas ganadas, los empleos que generan, y la infraestructura que alientan. Suplen al Estado en funciones que éste apenas ejerce.

Claramente, es algo más que un *crimen organizado*. Expertos en el tema subrayan algunos de los rasgos de esta actividad: el lucro como principal meta; la estructuración jerárquica que se acompaña de una cuidadosa división del trabajo; la membresía limitada por lazos étnicos y de parentesco; el soborno y la violencia como sus principales instrumentos. Sin embargo, el comercio de estupefacientes en México trasciende estas características: cultiva relaciones y alianzas tanto en los países donde se originan las drogas (Colombia, Ecuador, Perú), como en “el otro lado”, donde algo más de 20 millones de personas son sus clientes adictos y leales. Al mismo tiempo, ejerce una feroz agresividad contra organizaciones que pretenden dominar o estrechar los mercados al tiempo que corrompe a los efectivos militares y policiales, tornándolos más leales al narco que a las instancias del Estado.

El hecho de que uno de sus líderes (Joaquín “El Chapo” Guzmán Loera, que domina el cártel de Sinaloa) sea formalmente calificado el séptimo millonario de México por la prensa mundial revela tanto el poder como la legitimidad que ha logrado en esta actividad. Recuérdese, además, que la violencia se documenta con tópicos detalles en libros como *Huesos en el desierto*, escrito por el periodista Sergio González Rodríguez (Anagrama, 2001),

⁹ Nota editorial en *Letras libres*, septiembre de 2005, p. 13

¹⁰ J. Chabat, “Narcotráfico y Estado; el discreto encanto de la corrupción”, *Letras libres*, septiembre de 2005.

y es materia de llamativos comentarios en todos los medios.¹¹ Los fusilamientos perpetrados por el narco parecen imparables, y sus víctimas son generalmente ignoradas por los parientes. Desaparecen en fosas comunes.

Las noticias sobre estos episodios son fragmentarias, pues los periodistas conocen los riesgos de informar (en la última década más de 100 han sido asesinados), circunstancia que es conspicuamente señalada por la Sociedad Interamericana de Prensa.¹² Todo, sin resultados tajantes.

Escribe J. Chabat que cuando el Estado mexicano pretende disolver las redes del narcotráfico incurre en una relación disfuncional: los narcotraficantes encontrarán maneras de esterilizar las acciones gubernamentales.¹³ “No son los cañonazos lanzados con bazukas los que dan poder al narcotráfico, sino los cañonazos de cincuenta mil pesos (o dólares) parafraseando a Álvaro Obregón”. En contraste con el juego de póquer donde se paga “por ver”, aquí se paga “por no ver”. Se compensa también por la información que impide ser detenido, o la que facilita la fuga de la cárcel. Chabat opina que el narcotráfico prefiere “un gobierno eficiente que sea discretamente corrompido”; sin embargo, me inclino a juzgar que si el Estado muestra una incapacidad estructural para encarar a este tipo de criminalidad perderá con el tiempo cualquier dosis de legitimidad. Porque no es capaz de ofrecer seguridad a los ciudadanos ni defender eficazmente las fronteras. El narcotráfico se maneja con una dialéctica de soborno y corrupción que, aunque no aspire a constituirse en un factor conspicuo que suscite la atención internacional (particularmente de Estados Unidos), contrae implacablemente las latitudes de la gobernabilidad.

Y un dato más para meditar: cuando los narcos se convierten en héroes populares, festejados por el lenguaje humorístico y por los corridos, ganan difundida e hilarante legitimidad. Temas como “Me gusta burlar la ley” o “Claves, masacres y fugas” penetran a través de discos pirata en las calles y multitudes de México.¹⁴ Ingresan en el folklore con superior holgura y gracia postrando en ridículo a los funcionarios públicos.

¹¹ Véase por ejemplo el reportaje de P. Ordaz, en *El País*, 5 de marzo de 2009.

¹² Véase *El País*, 15 de marzo de 2009.

¹³ J. Chabat, *op. cit.*, p. 15

¹⁴ Véase T. Bojórquez Chapela, “De narcos y ganstas”, en M. Olmos Aguilera (coordinador), *Antropología de las fronteras*. México: El Colegio de la Frontera Norte, Porrúa, 2007.

Una evidencia –si faltara– del carácter transnacional de esta actividad: narcotraficantes mexicanos son arrestados por policías de otros países (como en el caso de Israel Farfán Carreño y Joel Ramos Gómez, ligados al cártel de Juárez, detenidos en España), cuando en México no existía orden de aprehensión en contra de ellos.¹⁵

La puntería de los narcotraficantes cuando se incorporan a estructuras transnacionales no es en modo alguno imprecisa. Por ejemplo, el tránsito de los estupefacientes de El Paso a Nueva York reconoce varias estaciones intermedias y moviliza a un apreciable número de personas. Los ingresos por venta de cocaína –excluyendo otras drogas– se elevan a 60 mil millones de dólares, aunque estimaciones de algunos especialistas las evalúan por encima de los 100 mil millones. Buena porción de estos dólares retorna a México, y se derrama en negocios lícitos e ilícitos que elevan artificialmente el consumo agregado de la población.

Para el cruce de las drogas se utilizan tráileres, automóviles, túneles e incluso mulas, aparte de las pequeñas dosis que suelen recibir los migrantes como parte del pago cuando transitan “al otro lado” con la guía de coyotes y polleros.¹⁶ Las redes que supervisan la difusión y las ventas en Estados Unidos son similares a las que operan en México. Joaquín “El Chapo” Guzmán, Ismael “El Mayo” Zambada y Juan José “El Azul” Esparragoza (con la participación creciente de los hermanos Beltrán Leyva) controlan este negocio en la frontera norte, con la excepción de Tijuana y Tamaulipas que pertenecen a los Arellano Félix y a los sucesores de Osiel Cárdenas, respectivamente.

Es pertinente añadir que se estima que la mitad de la marihuana que se consume en Estados Unidos se produce dentro de sus límites; también es el caso de las drogas sintéticas. Y no es secreto que buena parte de los parques nacionales de este país se consagra al cultivo de esta droga, bajo el cuidado de trabajadores mexicanos indocumentados. Ciertamente, también agentes norteamericanos aceptan sobornos; incluso se sabe que ofi-

¹⁵ J. Fernández Menéndez, “Las redes del narco en Estados Unidos”, *Letras libres*, septiembre de 2005.

¹⁶ Véase R. Coronado y P. M. Orrenius, “Crime on the U.S. Border”, *Migraciones internacionales*, 12, enero-junio de 2007.

ciales y *marines* de la base naval de San Diego han colaborado con las redes de Arellano Félix. En 1999, el Departamento de Defensa anunció que unos cinco mil efectivos habían sido procesados tanto por drogadicción como por ayudar a la diseminación de los estupefacientes.

Por otra parte, el consumo empieza a difundirse en todos los estratos de México. Si la marihuana y la cocaína eran los productos favorecidos por altos estratos de la sociedad durante el periodo salinista, calan en el foxismo en las clases de menor ingreso y entre los “chavos” de las secundarias. Con la ayuda del teléfono celular y de una jerga especializada, el narcomenudeo se despliega a través de una red de vendedores ambulantes o “burritos” que satisfacen a los usuarios que se pasean intencionalmente por las calles.¹⁷ También las luchas entre los aprendices de traficantes no son menos violentas que en las regiones del Norte mexicano. El tráfico en el Distrito Federal representa de momento un negocio familiar, “burrero”, pero abraza un ascendente mercado. Las autoridades nacionales calculan que existen más de 30 mil tienditas en el país que venden las drogas; pero la policía persigue más a los consumidores que a la eslabonada cadena de vendedores. Otra señal de la corrupción que parece imborrable. Corrupción también festejada por Los Tucanes de Tijuana.

La literatura mexicana refleja parcialmente esta nueva realidad. Prefiere otros temas; aparentemente, el miedo silencia no sólo a los periodistas.¹⁸ “¿Qué es el narco?”, se pregunta Rafael Lemus. Responde: “Una organización contra lo organizado...El desgobierno...Sus lecciones son el nihilismo, el dominio de la violencia, la futilidad de la vida, la victoria de la muerte”.¹⁹ Pocos asimilan el ejemplo de Luis Humberto Crosthwaite, un talento celebrado de la narrativa chola y del acontecer real e imaginario en la frontera.

Estas consideraciones sobre el narcotráfico señalan la flaqueza creciente del gobierno mexicano y la aparición de un “cuasi-gobierno” que vende protección, cobra impuestos e influye en importantes decisiones.²⁰ Se trata de un crimen organizado que opera en mercados competitivos; toda pre-

¹⁷ F. Mejía Madrid, “¿Piedra o polvo?”, *Letras libres*, septiembre de 2005.

¹⁸ Rafael Lemus, “Balas de salva”, *Letras libres*, septiembre de 2005.

¹⁹ *Op. cit.*, p. 40

²⁰ E. Guerrero Gutiérrez, “Narcotráfico, S.A.”, *Nexos*, febrero de 2009.

tensión monopólica es desbaratada con y por la violencia que protagonizan bandas rivales. Los cárteles (siete de momento) son corporaciones que han asimilado el *ethos* de las modernas corporaciones, y se niegan a aceptar acuerdos lesivos para ellos con las autoridades nacionales.

Es más: no hay indicador fiable y oficial que indique un descenso en la producción, difusión y consumo de las drogas. Y la violencia crece (casi siete mil mexicanos asesinados en 2008). Intriga este hecho: *decapitar* a las víctimas se está convirtiendo en una satánica y mitológica forma de matar, como si escindiendo el cerebro del resto del cuerpo se negara a los despedazados la esperanza de alguna redención.

Según E. Guerrero, tres condiciones estructurales favorecen el crimen organizado en México: la ascendente demanda en el país y en Estados Unidos; la pobreza difundida que instituye relaciones de clientelismo con el narcotraficante por la ayuda que ofrece a obras sociales; y acaso el más importante: la debilidad gubernamental. Estas circunstancias incuban extensas economías informales, amén de la posibilidad de efectuar transacciones ilícitas sin dejar rastro alguno.²¹

Este reto a la gobernabilidad mexicana se transforma en grave amenaza cuando se agotan los recursos para atajarlo. No es accidente que la información confiable sobre el narcotráfico no emana de las autoridades gubernamentales, sino de agencias norteamericanas y organismos de las Naciones Unidas. Hermetismo oficial que no es señal de fortaleza. Antes al contrario.

EMIGRAR PARA RE-NACER

El juego dinámico de oferta y demanda, atracción y expulsión, explica el ascendente movimiento migratorio de México a Estados Unidos. Se trata de un cotidiano y continuado voto de desconfianza al sistema político y económico nacional. Se estima que en la última década medio millón de mexicanos han abandonado anualmente el país.²² Las últimas administraciones gubernamentales no han logrado crear oportunidades de empleo en consonancia con el crecimiento demográfico; por añadidura, los niveles de

²¹ *Op. cit.*, p. 39

²² Ver datos en www.bls.gob.mx

pobreza tienden a reproducirse generacionalmente. La voluntad de emigrar refleja una aspiración a *re-nacer* en otras condiciones ambientales y existenciales. Y los que se van ya no vuelven. Se ha roto la circularidad de la migración.²³ Una vez disparado, el proceso migratorio obviamente se fortalece y se sustenta en las redes que se forman “en el otro lado”. Sin acuerdos bilaterales satisfactorios, la migración documentada gana terreno. Se calcula que seis millones de migrantes “sin papeles” se domicilian en diferentes estados norteamericanos. Ni los ingentes recursos dedicados a cerrar e incluso militarizar la frontera ni el temor público a una ola migratoria que presuntamente se demorará en incorporar el *ethos* del país receptor han logrado contener estos flujos.

Los factores de expulsión se han estudiado con detenimiento en una zona inesperada: Chiapas.²⁴ Varias circunstancias se combinaron para estimular la corriente migratoria de esta región a Estados Unidos. La escasez de las tierras disponibles para usos agrícolas, la contracción de los ingresos entre los caficultores, los efectos negativos del Tratado de Libre Comercio que facilitaron la importación de granos a bajo precio desde la Unión Americana, la insurgencia armada de 1994, el incremento incontenible de la fuerza laboral: factores que propiciaron el movimiento hacia la frontera norte. De seis mil se llegó a 85 mil emigrantes en menos de una década. Y cuando las posibilidades se agotaron en la frontera norte, se elevó dramáticamente (por un múltiplo de ocho) el número de ciudadanos que revelaron la intención de cruzar la frontera, con o sin documentos. Por cortedad de recursos, muchos de ellos se aventuran por cruces peligrosos, como la denominada “ruta de la muerte”, Altar-Sásabe-Tucson. California es el estado preferido, sin descartar Florida, Arizona y Nuevo México. Se trata de un grupo de reciente incorporación al país receptor. Conforme se consoliden las redes migratorias entre los lugares de origen y de destino, se reducirán los riesgos del cruce debido a un superior conocimiento del arte de vencer la frontera y así *re-nacer* bajo las luces y los signos del “sueño americano”. Será difícil contener este flujo.

²³ R. Fernández de Castro y A. Paula Ordorica, “Acuerdo migratorio: ¿una ambición desmedida?”, *Nexos*, noviembre de 2005.

²⁴ J.A. Jáuregui Díaz y M. de Jesús Ávila Sánchez, “Migrantes chiapanecos en Estados Unidos”, *Migraciones Internacionales* 12, El Colegio de la Frontera Norte, enero-junio de 2007.

Investigaciones de alcance más general indican que merced a la segmentación y flexibilización del mercado laboral norteamericano –aparte de las crecientes brechas salariales entre México y Estados Unidos– los migrantes mexicanos se refugian en “nichos ocupacionales” y en puestos informales, incluyendo a las mujeres, cuyo número se incrementa con el tiempo. Éstas se emplean como obreras y operarias que reclaman reducida calificación, y también como trabajadoras domésticas. California y Texas constituyen en general los centros de mayor densidad, aunque los migrantes mexicanos se inclinan a incursionar hacia otros estados como Arizona, Florida y Nueva York.²⁵

Una encuesta de acotado vuelo²⁶ corrobora que la población migrante residente en Los Ángeles ha crecido sustancialmente en los últimos años. Como es plausible, los migrantes tienden a evaluar su presente bienestar en relación con la calidad y las perspectivas de vida que abandonaron. Tienden a domiciliarse en barrios fragmentados donde el castellano es el idioma dominante; allí encuentran refugio y solaz en un medio que suele resultarles hostil, al menos en los primeros tiempos de la migración. El hacinamiento en las viviendas y habitaciones es considerable debido a la precariedad de recursos, pero muchos de ellos tienen acceso a un automóvil que les sirve para trasladarse a los lugares de trabajo, y no dejan de admirar el fácil e inmediato acceso a los servicios urbanos como gas, agua, electricidad y teléfono. Como expresión del *American dream* que los embarga, la mayoría de los encuestados desean que sus hijos obtengan estudios universitarios e inician un rápido proceso de inserción a la cultura norteamericana.

Ciertamente, hay bases para afirmar que la política migratoria de Estados Unidos es contradictoria, pues de un lado prohíbe el paso y por otra demanda cantidades importantes de mano de obra. Pero cabe puntualizar que la normatividad mexicana no es menos restrictiva respecto a extranjeros que viven o trabajan ilegalmente en el país. A primera vista, es

²⁵ Véase P. Trigueros Legarreta, *Inserción laboral de los mexicanos en Estados Unidos*, M. Ángel Castillo y J. Santibáñez, *Nuevas tendencias y nuevos desafíos de la migración internacional*. México: El Colegio de la Frontera Norte, 2007. También consúltese E. Levine, *Los nuevos pobres en Estados Unidos: los hispanos*. México: Porrúa-UNAM, 2001.

²⁶ E. Levine, *Condiciones de vida y de trabajo para los migrantes mexicanos en Los Ángeles, California*, en M. Angel Castillo- J. Santibáñez, *op. cit.*

difícil culpar a algún actor. El gobierno norteamericano tiene el derecho de fiscalizar sus fronteras, y más aún cuando se trata de un elemento que, según algunos estudiosos, demorará en internalizar el *ethos* norteamericano, en contraste con otros inmigrantes.²⁷ El Estado mexicano respeta el derecho de libre tránsito de sus ciudadanos; los inmigrantes se inclinan a buscar nuevas fuentes de trabajo y de ingreso; los empleadores necesitan mano de obra barata y flexible, y los coyotes cobran por sus servicios. La muerte de mexicanos que ocurre en las vicisitudes del cruce –su número crece cada año– es un riesgo personal que el migrante asume libremente. Sin embargo, se conforma en este texto y contexto una tragedia de amplias proporciones. Tragedia que denuncia, desde otra arista, las flaquezas de la gobernabilidad en México. Un anciano de Chavinda, Michoacán, las transparenta así: “Nuestras mujeres lloraban cuando los hombres del pueblo se iban al norte; ahora ellas lloran cuando no se van”.²⁸

Situación y reto que deslegitiman radicalmente la gestión estatal. Los que se van aflojan sin duda las tensiones sociales, y más aún cuando no olvidan a los que se quedan remitiéndoles ayuda en la medida de sus posibilidades. Pero se trata de un desempeño que lesiona gravemente a la Nación-Estado.

En este contexto cabe enhebrar reflexiones que son válidas, en mi opinión, para cada uno de los retos que este trabajo examina. Las relaciones entre los gobiernos mexicanos y las comunidades migrantes han sido, hasta el momento, ambivalentes cuando no conflictivas.²⁹ Cabe revisarlas y modificarlas radicalmente. Acaso el ejemplo “centro” y “diáspora” que se registra en Israel merece estudio en este marco.

Las actitudes hostiles de este país respecto a su diáspora judía han cambiado sustancialmente desde los años cincuenta del siglo pasado. De la negación y desprecio se ha transitado a entendimientos y vínculos de cooperación que benefician a ambas partes. Se manifiestan en varias esferas: turismo, mutua ayuda económica, gestiones y cabildeo en Washington, y

²⁷ Recuérdese a S. Huntington, *Who are We? The Challenge to America's National Identity*. Nueva York: Simon and Schuster, 2004.

²⁸ En G. Alonso Meneses, *op. cit.*, p.159.

²⁹ Véase el luminoso ensayo de C. González Gutiérrez, *Los mexicanos de fuera en el futuro de la política exterior de México*, en R. Lajous Vargas, *op. cit.*

ascendiente en los medios. Acaso este tipo de vinculación podría reproducirse en los nexos de México y los “mexicanos de fuera” con los ajustes indispensables.

En otras palabras, considerando que la población de origen mexicano llega a los 30 millones según diversas estimaciones,³⁰ no se justifican tímidas acciones de acercamiento –mucho menos recelo– con la *diáspora mexicana*, como el Programa Paisano y dispersas actividades culturales. Los migrantes constituyen una minoría étnica que, en la presente constelación norteamericana, pueden ejercer una influencia significativa en las decisiones en Washington. Merced al ascenso económico y educacional, este grupo podría gravitar positivamente en los nexos bilaterales e inaugurar modalidades de cooperación –políticas, financieras, culturales– con el “centro mexicano”. La distancia y el recelo en relación a los “hijos ausentes” traen efectos lesivos que no admiten excusas si se consideran con cuidado estas variables: las convergencias globalizantes que ya se han examinado, la irreversibilidad del tránsito migratorio, por un lado, y, por otro, la considerable gravitación y el ascenso económico y educativo de este factor étnico en el quehacer norteamericano, y, en fin, los beneficios tangibles –desde mutuos apoyos institucionales hasta la continuidad de las remesas– que el nexo “centro” y “diáspora” podría conllevar.

Esta reflexión es pertinente también para el tema que enseguida se aborda.

ALZA Y DECLIVE DE LAS REMESAS

Al caracterizar problemas y tendencias de América Latina como región, L. Maira acierta en señalar las distancias entre países que reciben una ingente suma de remesas y aquellos que deben acogerse a las limitaciones de las finanzas públicas.³¹ Cuando estos ingresos superan los 20 mil millones de dólares –algo más que los ingresos por importación de petróleo–, funcionan como un “colchón” que modera las implosiones sociales, y constituyen, de hecho, un subsidio a familias marginadas por el sistema económico.

³⁰ *Op. cit.*, pp. 92-93.

³¹ L. Maira, *op. cit.* pag 8.

Sin embargo, este flujo compensatorio podría contraerse bruscamente en el futuro en la medida en que los migrantes mexicanos incorporan importantes caracteres del *ethos* norteamericano y contraen compromisos personales y familiares que los llevarían a reducir la ayuda que envían a sus familias de origen. El declive de las remesas acentuaría los desequilibrios de pagos y los modestos alcances de las finanzas públicas, especialmente en el gasto social.

Las entrevistas personales a migrantes tienden a confirmar este escenario.³² Opera en la misma dirección el acercamiento de los migrantes al culto pentecostal, que elogia la honestidad y la prosperidad como prendas del creyente.³³ Una suerte de metamorfosis a favor del espíritu capitalista descrito por Weber que apresurará la inserción económica, social y cultural en el *ethos* norteamericano.

Este declive previsible de las remesas acentúa claramente la necesidad de diversificar las estructuras productivas de México y gestar vínculos de empatía y cercanía con los migrantes que se han ido para no volver. Una redefinición indispensable de la diáspora mexicana en Estados Unidos, como ya se indicó en las páginas anteriores de este ensayo.

DESTINO Y CONTRACCIÓN DE LAS RENTAS PETROLERAS

El petróleo es en México una fuente importante de ingresos y un símbolo cardinal de su identidad colectiva. Dos cualidades que pueden contraerse en la medida en que la renta petrolera descienda rápidamente en los próximos años, tal como anticipan algunos estudiosos.³⁴ La fragilidad del balance energético es determinada por la canalización de las rentas que este recurso produce a favor del gasto corriente y de inversión tanto federal como estatal. Suele olvidarse que el petróleo es un recurso no renovable y que, mal explotado y administrado, puede cesar de constituir una fuente de ingresos importante en los próximos diez años.

³² Véase el excelente retrato que ofrece L. Krauze, “La vida errante de Benavides Huaroco”, *Letras libres*, marzo de 2007.

³³ Véase D. Rieff, “Nuevos católicos en Los Ángeles”, *Letras libres*, marzo de 2007.

³⁴ R. Cordera Campos, “El destino de la renta petrolera y el desarrollo de México”, *Nexos*, agosto de 2008.

La renta petrolera emana de tres factores: el precio de venta del barril, el volumen de producción, y los costos de extracción. Es obvio que la primera variable depende de fluctuaciones que el país apenas controla. En rigor, tiende a la baja debido a la transición energética que los países de superior desarrollo industrial están propiciando, ya sea con el fin de reducir la dependencia de países abastecedores susceptibles de sufrir graves desequilibrios internos regionales, ya sea para reducir los costos ecológicos.

Es imperativo, por lo tanto, perfeccionar la administración de este recurso y, a la vez, estimular fuentes alternativas que se sostienen, en última instancia, en el desarrollo científico y tecnológico del país. Un rubro secularmente descuidado por la nación.

La primera condición de esta tarea implica que el esquema de distribución de la renta debe corregirse radicalmente. En las últimas décadas, la capacidad de pago externa del país dependió del crudo y de sus precios internacionales. Y hoy un tercio del presupuesto estatal depende de la explotación de este recurso que es claramente finito. Situación que ya se torna insostenible.

Similar mensaje presentan las reflexiones de un especialista.³⁵ Apunta como problema cardinal del país la ausencia de una estrategia energética de largo plazo. Ya no es posible la exacción indiscriminada de los ingresos petroleros para sanear desequilibrios en las finanzas públicas. Pero la modernización de la industria petrolera es constantemente frenada tanto por el Estado como por Pemex. Por ausencia de datos confiables, la opinión pública ignora o subestima la verdadera situación institucional y económica de este organismo.³⁶ Se reducen de todos modos las reservas de hidrocarburos, con bajas tasas de restitución. Adherir por lo tanto a una visión de abundancia no es aconsejable si se consideran las bruscas variaciones internacionales en los precios del crudo. De aquí la importancia de atender con superior sensibilidad las señales del mercado. De lo contrario, “la renta petrolera caerá en los próximos años”,³⁷ como puede comprobarse en los descensos de producción y la calidad de los crudos.

³⁵ D. Ibarra, “Impuestos y finanzas petroleras”, *Nexos*, agosto de 2008.

³⁶ A. Lajous, “La reforma de la industria petrolera”, *Nexos*, agosto de 2007.

³⁷ M. Orozco, “Disminución de la renta petrolera”, *Nexos*, agosto de 2007.

CODA

La presentación de estos cinco retos dinámicos y eslabonados a la gobernabilidad y a la seguridad de México se endereza a inquietar al lector. Sus proyecciones y desenvolvimiento en las ondas futuras del país –imposible eludirlas– suscitan grave preocupación, amén del imperativo consiguiente de *entenderlas* con superior hondura. *Atenderlas* es por consiguiente una responsabilidad colectiva si se aspira a readaptar el Estado-nación a las emergentes coyunturas internacionales orientadas tanto por interdependencias estructurales entre países, como por probables mudanzas del liberalismo económico y político en boga en las últimas tres décadas. En este contexto se ha sugerido que la redefinición radical de los nexos entre la diáspora mexicana respecto del centro mexicano gravitará favorablemente en todas las variables que se han considerado.

En suma: las cuestiones aquí esbozadas –desde el narcotráfico hasta la contracción previsible de las rentas petroleras– conducen a la entropía y a la flaqueza acumulativas del sistema mexicano. Ameritan examen, imaginación y resueltas acciones correctivas.

Las personas, como criaturas irrepetibles y finitas, pueden permitirse el silencio, el desmentido, o la postergación de los dilemas que, irresueltos, traban el desarrollo o perennizan las fracturas. No es el caso de los sistemas colectivos que deben rendir cuentas a las generaciones en los desiguales instantes del tiempo. Circunstancia que debe enmendar la atonía secular de México respecto de desafíos que, esquivados, modelarán oscuramente su futuro. ❧